

## El barco

*Maximiliano Martín.<sup>1</sup>*

Ese día, como tantos otros, navegábamos sobre un mar intranquilo. Conteníamos la respiración en un nuevo ataque de olas que, enfurecidas, amenazaban la tripulación. Aquellas que antes fueron excusa para descubrir nuevos rumbos hoy nos atacaban. Habían guiado el vuelo de las gaviotas durante siglos, pero en este momento se mostraban dispuestas a condenarnos al desvarío. Transmitieron en el viento el sonido del mar mientras nosotros, los navegantes, estábamos destinados al naufragio.

Los pasajeros parecían desorientados; iban y venían preguntándose entre ellos y generando un revuelo mayor. La preocupación había surgido porque el capitán estaba descompuesto y no encontraban al teniente que hacía las veces de copiloto en la nave. Si se desmayaba, nuestro barco «Viento de Noruega» estaría a la deriva. Algunos mostraban su indignación con gestos mientras hablaban. Otros permanecían sentados y en silencio pero con evidente inquietud en el rostro que denotaba el temor de quien conoce el poderío del agua. Una mujer frente a mí lloraba desconsoladamente abrazando a la niña que la acompañaba.

— ¿Dónde está papá? —preguntaba la criatura con los ojos empañados y prendida a su madre.

—Lo están buscando, hija. Nadie sabe dónde está.

— ¡Qué malo es! Se esconde cuando sabe que las olas me dan miedo.

—Él jamás dejaría que tuvieras miedo, amor. —le decía en un vano intento de tranquilizarla.

Sin dudas, la pequeña era hija del teniente desaparecido. No había rastros ni señales de su presencia. Tras revisar absolutamente toda la tripulación, un

pequeño grupo de marineros concluyó muy toscamente que había saltado al mar. Ese dictamen fue difundido rápidamente a toda la embarcación y fue aceptado como verdad ¿Cómo podían informar ese tipo de cosas con tan poco análisis?

Madre e hija quedaron destrozadas con la noticia. Una familia más había perdido el alma por culpa de estúpidos que llegaban a conclusiones apresuradas sin tener siquiera premisas suficientes como para concluir de la manera más exacta.

Me acerqué e intenté consolarlas un poco confiando en que el barco era demasiado grande y que quizás se hubiera quedado encerrado en alguno de los compartimentos.

\*\*\*

Fue largo el tiempo en que el barco estuvo anclado y al mismo tiempo librado a la suerte en un mar de idas y venidas donde no conducían a nada. En mi familia no conocíamos de barcos más de cuanto nos había hablado nuestro padre, a pesar de haber viajado varias veces con él.

Pensamos que todo se perdería, que el barco iría a parar a manos de quién sabe quién. Bendito fue el día que mi hermana llegó con la noticia que tanto nos alegrara. Una tripulación estaba dispuesta a ponerlo en marcha nuevamente más por vocación que por negocio. Fue un alivio entre tantas lágrimas.

Durante mucho tiempo lloré a mi padre cada vez que pisaba el barco. El Viento de Noruega me traía a la mente la más perfecta figura de Capitán que conocí; mis primeros viajes infantiles por el mar, las historias de piratas, todo aquello me lo recordaba. De un modo u otro él sigue vivo en el barco. Nunca me siento solo aquí. Soy feliz durante el viaje, es en la tierra firme donde la soledad me invade.

\*\*\*

El navío comenzó a moverse de forma extraña, subiendo y bajando por fuerza de las olas y sin mantener un recorrido constante: estábamos navegando en dirección oblicua y no hacia el frente. Un sentimiento de temor me invadió. ¿Quién manejará el barco? ¿Cómo podríamos pedir ayuda encontrándonos ya tan avanzados en la travesía?

La embarcación seguía desviándose y los pasajeros mostraban cada vez más su disconformidad y rabia. Un pequeño grupo comenzó a pelearse y tuvo que ser separado por los demás viajantes. En un movimiento brusco a causa de las olas y el viento, perdí el equilibrio y caí hacia atrás, chocando contra la puerta de uno de los compartimentos, que se abrió para recibirme.

En su interior, Papá dormía, mortecino, en la habitación. Tenía el viejo pijama marineramente perfectamente alisado. Lo llamé y su imagen no me devolvió más que silencio. Grité nuevamente pero él en su quietud no respondió. Mis ojos comenzaron a enrojecerse y antes de la que fuera quizás la tristeza más terrible que sentí en mi vida, Mamá entró al cuarto y me arrastró al pasillo con los ojos aún bañados en lágrimas.

Repentinamente, las imágenes desaparecieron. Mi padre estaba en Viento de Noruega. Lo intuía, lo presentía, lo veía venir. El barco dio un fuerte sacudón. Sentí un grito horrorizado llegar desde el exterior del navío. Me apuré a ver qué era lo que había pasado. Una inmensa nube gris había cubierto los cielos, volviendo aún más desoladora la inmensidad del mar.

De pronto, todo se llenó de gente. Todos estaban ahí observando lo mismo. Encontrándome perdido entre una multitud de caras sin rostros, se me hacía imposible distinguir el hombre que quería ver. Sólo cuando él se me acercó, las demás personas desaparecieron dejándonos en mutua compañía. Me tomó por uno de los hombros envolviéndome en una cálida neblina gris. Presentí que estaba buscándome y que, tras encontrarnos, no nos separaríamos nunca más. Mi padre había vuelto.

Alguien más venía con él. Le hizo un gesto como invitándolo a pasar. El joven teniente que venía con él caminó entre la multitud que le abría paso hasta el final del pasillo. Le tendió una de sus manos a la mujer que allí estaba y la otra a la niña. Ambas se sujetaron de él y le dieron un gran abrazo. Les sonrió, para luego desaparecer, dejándolas con una sonrisa feliz en el rostro y una diáfana mirada de consuelo. Mi papá hizo algo similar. Me dio un gran abrazo y me dedicó la sonrisa más pura y transparente que le había visto hacer. Se le veía bastante bien, el peso de la vejez y la enfermedad parecían haber desaparecido por completo; le encontraba sano y radiante; espléndido y jovial.

Hurgó entre uno de los bolsillos de su pijama con anclas y sacó una especie de esfera pequeña de su interior. Me la obsequió y me hizo un gesto para que la observara más de cerca. A través del cristal podía verse un paisaje nocturno de un puerto iluminado por unas farolas, con el cielo despejado y miles de estrellas brillando sobre él. Viento de Noruega estaba amarrado mientras cientos de gaviotas intentaban una danza aérea especial. Jamás el barco había lucido tan tranquilo, ni la noche tan hermosa como aquella. Recorrí muchísimos mares, llegué a muchísimos puertos, pero ninguno me pareció tan hermoso como aquel. Guardé la esfera con cuidado entre mis ropas y volví a mirar a mi padre, esta vez, con la mirada empañada por la emoción.

Me abrazó nuevamente, me dedicó su última sonrisa y se elevó, mientras el cielo se despejaba y se calmaba el mar, para fundirse entre las estrellas.

Todo volvió a la normalidad. El capitán estaba repuesto y las aguas se veían serenas. El viaje pudo seguir sin contratiempos. Me fui a mi recámara tras despedirme de algunos pasajeros para intentar dormir aunque sea algunas horas.

\*\*\*

A la mañana siguiente, una pequeña esfera con un hermoso paisaje me confirmaba que todo lo que había pasado era verdad, que no había sido un sueño.

El viaje concluyó y los primeros navegantes comenzaban a abandonar la embarcación sin prisas. Nunca una llegada a un puerto había sido tan feliz como aquella.

---

<sup>1</sup> Argentina

e-mail: [maximiliano.martin2011@gmail.com](mailto:maximiliano.martin2011@gmail.com)

[Extraído de su libro "El idioma de los pájaros"]